



10º ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS: “EL AMOR FAMILIAR: VOCACIÓN Y CAMINO DE SANTIDAD”

Panel sobre Caminos de Santidad, 25 de junio de 2022

El discernimiento en la vida familiar cotidiana

Soren y Ever Johnson

Primera parte: Soren

Introducción

La primavera pasada hizo tres años que mi esposa y yo nos sentimos asediados por la vida. Durante un año, yo había entrado y salido del hospital con emergencias amenazantes para la vida e intervenciones de cirugía mayor. Durante ese año, también sufrimos la muerte repentina de mi padre y luego la pérdida de mi empleo. Nuestros cinco hijos estaban todavía en casa y sabíamos que necesitábamos discernir con urgencia cuál sería nuestro próximo paso.

En ese momento, recordamos los días antes de conocernos, cuando íbamos a largos retiros para oír mejor la voz de Dios. Ahora, en nuestra casa, estábamos rodeados de aflicción e incertidumbre, junto con el clamor de constantes necesidades.

Hoy en día, esta experiencia de “crisis tras crisis” es normal para muchas familias. Y parece que será imposible encontrar el camino estrecho hacia el Cielo cuando estamos rodeados de enfermedad, muerte, inestabilidad económica, nihilismo intenso y hasta una guerra sin cuartel. ¿Cómo puede haber un discernimiento auténtico hoy en día, dado que las familias están abrumadas, agotadas, ansiosas, distraídas, heridas y disueltas?

Debemos dar algunos pasos para responder a una pregunta tan amplia. Comenzaré por hacer tres preguntas más cortas que revelarán el centro de la respuesta, el principio básico que podemos usar para el discernimiento. Y luego Ever nos mostrará cómo puede ese principio dar forma a cada nivel de la vida familiar. De modo que, para comenzar, estas son mis tres preguntas: 1) ¿Qué es el discernimiento y qué fin tiene? 2) ¿Cuál es nuestra ayuda infalible para el discernimiento? y 3) ¿Es la vida cotidiana familiar una distracción para el discernimiento?

1) ¿Qué es el discernimiento y qué fin tiene?

Según nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, el discernimiento es prestar atención a las “voces que llegan a nuestro corazón”, preguntando siempre “de dónde vienen”. Entonces, dice él, el discernimiento nos impulsa a “pedir la gracia de reconocer y seguir la voz del buen Pastor...”.

Para los padres de familia que anhelan tener la tranquilidad de un buen retiro, puede parecer imposible reconocer la voz “suave y apacible” del Señor en medio de la vida familiar. Al reflexionar sobre la realidad del cuidado de los hijos mientras enfrentamos crisis tras crisis, podemos ver que, de muchas maneras, el discernimiento propiamente dicho pasa a un segundo plano frente a la posibilidad de estar en un ambiente en que siquiera es posible realizarlo.

De manera que tal vez necesitamos ir más allá del tema del discernimiento y enfocarnos más bien en cómo podemos—de una manera real—crear un ambiente para el discernimiento en nuestra vida cotidiana. En nuestro intento, recordemos qué fin tiene el discernimiento. Aprender a seguir la voz del Señor nos ayuda a llevar a nuestras familias por el camino conducente al Cielo.

¡Ay, el Cielo! ¡Ahora las cosas adquieren un carácter interesante! Nada deseamos más en toda la vida que ir al Cielo. A veces, apenas queremos dejar atrás nuestra multitud de crisis, volar al Cielo y vivir allá para siempre con nuestros seres queridos, con Nuestra Bienaventurada Madre, con los Santos y, sobre todo, con nuestro amoroso Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero en lugar de eso, el camino parece largo y lleno de puntos confusos para tomar una decisión. ¿Llegaremos a esa vida con Dios tan esperada?

Entonces, el discernimiento es seguir la voz de Dios. Su fin es llevarnos a encontrar nuestro camino hacia el Cielo, a la vida con la Santísima Trinidad. Ahora, pasemos a nuestra segunda pregunta:

2) ¿Cuál es nuestra ayuda infalible para el discernimiento?

Cuando estamos atribulados por dudas sobre la forma de encontrar nuestro camino, primero necesitamos recordar que Jesús dijo: “Yo soy el camino”. Entonces, nos enfrentamos no tanto a la necesidad de interpretar un camino largo y confuso sino a la necesidad de aferrarnos a Jesús a medida que Él nos guía en el recorrido.

Es posible que a veces sintamos que no podemos oír la voz de Jesús, porque Él va mucho más adelante, que nos perdemos y que nos quedamos atrás. Pero debemos calmarnos y recordar que Jesús nos dio una ayuda infalible que nos permite mantener su mismo ritmo: esa ayuda es la Eucaristía. Y en esta realidad tan práctica—de tener a Jesús presente en la Eucaristía—podemos comenzar a crear ese ambiente para el discernimiento en nuestra vida cotidiana familiar.

Cuando nos aferramos a la Eucaristía, a Jesús, a nuestro camino hacia el Cielo, ¿cuál es la realidad más profunda? La realidad más profunda es que nuestras almas ya están en comunión con Dios, que Él vive en nosotros y nosotros en Él y que la parte más profunda de nuestro ser pasa por encima del camino largo y confuso y ya habita en el Cielo.

Entonces, dado que sabemos qué es y qué fin tiene el discernimiento y cuál es nuestra ayuda infalible para lograrlo, hagamos la tercera pregunta:

3) ¿Es la vida cotidiana familiar una distracción para el discernimiento?

¿Cómo traemos nuestra comunión pacífica con Jesús al medio bullicioso de nuestra familia para poder oír su voz y llevar a la familia al Cielo? En este momento todos podemos dar un gran suspiro de alivio porque *las familias ya están mucho más cerca del Cielo de lo que podríamos imaginarnos*.

La verdad oculta a plena vista es que la familia y la Santísima Trinidad comparten una impresionante similitud: ambas son una “comunión de personas” en virtud del amor que comparten. Nuestras familias, hechas a imagen de Dios, son íconos de la Santísima Trinidad. El Catecismo declara que “La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo (2205). En lugar de estar distante, la dinámica de la vida en el Cielo ya pertenece a cada familia.

En este punto, los padres de los niños pequeños pueden pensar: “Eso es lindo *en teoría*, pero quisiéramos que nuestros chicos actuaran según la imagen de Dios *hoy*”. Entonces, ahora llegamos al verdadero desafío. Por una parte, hemos renovado la esperanza porque sabemos que nuestras familias han sido creadas a imagen de Dios y experimentamos el Cielo en nuestros hogares. Pero, también nos sentimos descorazonados porque nuestras familias tienen tanto camino por recorrer. Más bien, en lugar de sentirnos desilusionados, recordemos las palabras de nuestro Salvador: “No tengan miedo”.

Ahora, mi amada esposa, Ever, que durante nuestros 20 años de matrimonio ha optado por ser “la mejor parte”, compartirá la forma en que podemos traer el Cielo a la Tierra e incorporar nuestra comunión con Dios a la vida cotidiana familiar—la comunión de nuestra familia en acción—para crear un ambiente real para el discernimiento.

Segunda parte: Ever

¡Comenzamos con noticias alentadoras! Como acaba de decir Soren, gracias a Dios que nuestras familias *no* son una distracción para el buen discernimiento. El discernimiento *no* requiere escaparse de la vida familiar, ni tomar licencia sabática del matrimonio ni “descansar” de la crianza de los hijos. Al ser la propia imagen de Dios que vive en nuestros hogares, nuestras familias son un camino hacia el Cielo y la forma de experimentarlo en la actualidad.

El Cielo, es decir, la vida con Dios, se puede experimentar en nuestros hogares. Como padres de familia, podemos construir valerosamente un hogar católico amoroso e inmersivo, una pequeña “sociedad de vida cotidiana” vibrante que permite que cada miembro de la familia siga la voz del Señor para lograr plena comunión con Él y con las demás personas.

Pero, ¿cuáles son los pasos prácticos para hacerlo? Para responder a esa pregunta, quisiera reflexionar con ustedes sobre otras tres preguntas: 1) ¿Cuál es el principio central de un discernimiento auténtico? 2) ¿Cómo forja la comunión cada nivel de la vida familiar? y, por último, 3) ¿Cuáles son algunos momentos reales en la vida familiar en los que el principio de la comunión nos ayuda a discernir?

1) ¿Cuál es el principio central de un discernimiento auténtico?

En palabras sencillas, el principio central de un discernimiento auténtico en la vida familiar es la comunión. ¿Por qué? Porque la finalidad del discernimiento es prepararse para vivir con Dios. Y vivir con Dios significa vivir en comunión porque la vida de Dios es una vida de entrega mutua entre el Padre y el Hijo, lo cual produce una comunión creativa y fructífera con el Espíritu Santo.

Nuestras familias son creadas como una imagen de esa comunión y como *un camino* para crecer en ella, de modo que debemos evaluar nuestras posibilidades de elección, según esta realidad mística. Con respecto a cualquier decisión

que enfrente nuestra familia, podemos preguntar: “¿El posible resultado de esta decisión *fortalecerá o debilitará* nuestra comunión?”.

Es importante recordar que la comunión se produce por medio de la atención al desarrollo de la persona y al bien común. Con ambos, podemos tener mutualidad, un acto sano de dar y recibir que fortalece nuestros vínculos familiares. De manera que, con el pensamiento en este principio de comunión, pasemos a la segunda pregunta.

2) ¿Cómo forja la comunión cada nivel de la vida familiar?

Si la comunión es el principio para cada decisión, ¿cómo es que algo aparentemente tan abstracto se convierte en nuestra vida familiar intensa y a veces caótica? Al criar a nuestros hijos en lo que llamamos la “Casa de la Trinidad”, hemos visto cinco niveles interdependientes de vida familiar. Cada uno se basa en marcadores que fortalecen la comunión en *momentos y lugares* de la vida cotidiana.

En el primer nivel, que es la vida de fe, *recibimos nuestra comunión*. Orientamos nuestro tiempo hacia la comunión observando el *Santo Día del Señor*, que ahonda la comunión que Dios nos da en la Eucaristía para la semana siguiente. Y mantenemos nuestro lugar enfocado en esa comunión al cuidar nuestro *altar de la casa*, que físicamente nos llama de nuevo a la comunión con Dios y a cada uno de nosotros a la oración durante la semana.

En el segundo nivel, centrado en la persona y las relaciones, *fortalecemos nuestra comunión* al crear personas y relaciones centradas en los demás. Mantenemos nuestro tiempo orientado hacia la comunión al dedicar semanalmente una *noche para una reunión sentimental*, y nuestro lugar al buscar *lugares tranquilos* para conectarnos con cada miembro de la familia.

En el tercer nivel, llamado la economía del hogar, *cuidamos nuestra comunión*. Celebramos semanalmente una *reunión sobre la vida* entre esposos en la que organizamos y nos dedicamos a realizar el trabajo en el hogar. Y los *lugares de trabajo* bien mantenidos físicamente apoyan nuestra comunión para poder dirigir con eficacia a nuestros hijos en el trabajo compartido.

En el cuarto nivel, que es la cultura familiar, *celebramos nuestra comunión*, primero con una *comida en familia* a diario y manteniendo una atractiva *mesa familiar*.

En el quinto nivel, denominado la hospitalidad y el servicio, *compartimos nuestra comunión*, nuestra experiencia del Cielo, con otras personas al ser fieles a la práctica de tener *un acercamiento* a la vez y también al enfocarnos en nuestro *vecindario*, que incluye a nuestra Parroquia.

Estos marcadores básicos de tiempo y lugar son apenas el comienzo de un ambiente de comunión, pero inmediatamente facilitan el tránsito por el camino hacia el Cielo. Puesto que la familia ha *recibido* la comunión de Dios en la Eucaristía y la oración, puede *fortalecer, cuidar, compartir y celebrar* esta comunión a medida que viaja junta hacia el Cielo, lo cual la convierte cada vez más en una imagen de la Santísima Trinidad.



3) Por último, ¿cuáles son algunos momentos reales en la vida familiar en los que el principio de la comunión nos ayuda a discernir?

Cada uno de nosotros toma innumerables decisiones menores todos los días. ¿Debo hacer ejercicio ahora o ayudar a mi hijo con los deberes escolares? ¿Debo trabajar en mi propio desarrollo personal para ser lo que Dios me ha llamado a ser o es hora de servir a mi familia de forma que se desarrolle y estreche nuestra comunión?

Al buscar respuestas a estas preguntas, recordemos que el principio de la comunión mantiene una delicada tensión entre el desarrollo de cada persona y su contribución a la familia. Si tomamos decisiones menores fielmente y asignamos nuestro tiempo con prudencia entre las personas y el bien común, entonces cuando necesitemos tomar decisiones de mediana importancia, como si debemos permitir que nuestra hija juegue otra temporada de fútbol, será más fácil discernir.

En esa casa, caracterizada por crecimiento y acompañamiento, los familiares optan constantemente por darse el mutuo regalo del tiempo o por pasar tiempo juntos. Como señala nuestro Santo Padre, “a veces vuelan los platos” y, cuando eso sucede, pedimos perdón, recogemos los pedazos y seguimos creciendo en nuestra comunión.

Si seguimos el principio de comunión en los pequeños y medianos puntos de unión de la vida, estaremos listos cuando lleguen las grandes encrucijadas: cuando deberemos decidir si nos trasladamos a otra ciudad o aceptamos un nuevo empleo o cómo cuidar a uno de nuestros padres ancianos o a un hijo que acaba de salir de un servicio de rehabilitación o de la cárcel.

Al estar inmersos en un ambiente de comunión centrada en los demás, los familiares vuelven los ojos al Señor al tomar sus decisiones cotidianas y oyen su voz en la voz del otro, en los eventos del día, en la oración y en la Palabra de Dios.

Conclusión

En conclusión, el discernimiento que lleva a una mayor comunión con Dios y con otras personas es una invitación que hace nuestro Señor a cada familia hoy, aun a quienes sienten que su vida se caracteriza por “crisis tras crisis”. Si, como dijo el Papa San Juan Pablo II, es cierto que “el futuro de la humanidad pasa por la vía de la familia”, entonces el futuro también pasará por la vía del discernimiento diario de cada familia, por ser una pequeña muestra de la Santísima Trinidad, una comunión de personas.

En palabras de nuestro Santo Padre, “en las familias... está siempre, siempre, la Cruz”. Pero sigue diciendo: “el amor de Dios... también abrió este camino para nosotros... después de la Cruz, está la Resurrección”.

Entonces, a pesar de las dificultades de la vida familiar, todavía podemos aferrarnos a la comunión, a Jesús en la Eucaristía. Podemos descubrir este principio central del discernimiento auténtico y permitirle que dé forma a cada nivel de nuestra vida familiar.

Que por el don de la comunión que viene continuamente a nosotros del corazón de la Santísima Trinidad, por intercesión de Nuestra Bienaventurada Madre, nuestras familias transiten con confianza por este camino de santidad en la vida familiar.



Trinity House Community
101 East Market Street, Leesburg, Virginia 20176

www.trinityhousecommunity.org